

FERNANDO MAUREIRA ESTRADA*

EL TRABAJO INFANTIL: UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA**

INTRODUCCIÓN

Además de ser escasos, los estudios sociales basados en las actividades laborales que realizan los niños suelen caracterizarse por su tendencia a abordar el fenómeno desde una perspectiva histórica (Rojas, 1999) o a considerarlo una patología social, entendiendo así que el trabajo infantil sólo genera riesgos para el niño y la sociedad (Rojas, 1998; 1999; Millán, 1999). Esto se desprende como una consecuencia casi natural de la temprana inserción de los niños en actividades laborales. Los estudios de Breves et al. (1994) en Costa Rica, Rocha (1985) en Brasil y Millán (1999), entre otros, muestran que los niños se incorporan al trabajo estable antes de los 11 años; el ingreso al trabajo de forma temporal se realiza, por lo general, a edades aún más tempranas.

Existe, sin embargo, una perspectiva poco explorada del trabajo infantil que se desprende de considerar a la actividad laboral de los ni-

* Profesor del Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile.

** El presente artículo expone parte de los resultados del proyecto "Trabajo infantil. Mecanismos de sobrevivencia empresarial y familiar", DID 200109, financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad Austral de Chile.

ños como una expresión de la forma en la que se articulan los diferentes sectores económicos en una economía dependiente. Esta perspectiva permite, al mismo tiempo, comprender el modo en que se genera el proceso –más amplio– de reproducción de las unidades familiares en situación de pobreza. El trabajo infantil así entendido debe conducirnos al estudio del fenómeno no sólo en relación con los efectos que la actividad laboral genera en los niños trabajadores, sino también con el contexto social y económico en el que tal actividad se lleva a cabo. El trabajo de los menores depende, por un lado, de las características socioeconómicas de las familias de las que forman parte y, por otro, de las características específicas del contexto económico regional y nacional. Estas determinan en conjunto la forma, oportunidad y rasgos particulares que asume el trabajo infantil.

Tal como hace años, los niños que trabajan son hoy una realidad de nuestra sociedad. Aunque las tareas que realizan son diferentes, el principio es el mismo: niños que deben trabajar de manera más o menos estable para contribuir al sostenimiento de sus grupos familiares. Diariamente están presentes y son visibles en los supermercados, calles, plazas y ferias de productos agrícolas. Complementan y sustituyen también, al interior de sus casas, la actividad doméstica de sus padres o de los adultos con los que viven, o reemplazan a eventuales trabajadores asalariados en talleres y microempresas familiares.

El trabajo infantil constituye un fenómeno de antigua data, pero que se recrea constantemente asumiendo características específicas según la relación que establezca con otros fenómenos sociales. Por esta razón, sólo es posible identificarlo genéricamente en el tiempo, pero no caracterizarlo de manera unitaria. No obstante, presenta singularidades que se expresan en el bajo costo de la mano de obra para los empleadores y en su relación directa con las situaciones de pobreza que afectan a las familias de los niños (Schildkrout, 1980).

De modo general, podemos identificar formas de trabajo infantil que se constituyen en manifestaciones alienantes y dañinas para los niños involucrados en ellas. Me refiero en especial a las actividades relacionadas con la delincuencia, la sobreexplotación y la prostitución infantil. Por otro lado, existen gran cantidad de actividades laborales realizadas en contextos domésticos que responden a situaciones no excepcionales y en las que el trabajo de los niños resulta fundamental para asegurar la reproducción de la unidad familiar.

Esta constatación inicial refleja, de manera inmediata, la complejidad en el abordaje del fenómeno del trabajo infantil. No se trata sólo de actividades asociadas a la llamada economía informal que los menores realizan esporádicamente en las calles; abarca también el trabajo que los menores realizan en empresas y talleres microempresariales de los sectores formales de la economía.

Una primera aproximación general al trabajo infantil distingue entre *child work* –entendido como el trabajo de los niños fuera de la unidad familiar, que genera ingresos monetarios y se caracteriza por incluir aquellas manifestaciones de trabajo más alienantes– y *child labour* –que define el trabajo de los niños en el interior de las unidades familiares (Anker y Melkas, 1996). A pesar de que, de modo general, puede señalarse que la industria moderna tiende a excluir el trabajo infantil (Schildkrout, 1980), en las industrias menos tecnificadas este sigue teniendo una presencia importante: la ausencia de mano de obra infantil parece depender fuertemente del grado de capitalización, uso intensivo de tecnología y abundancia de mano de obra adulta.

De acuerdo con la *Encuesta Nacional de Caracterización Socioeconómica-CASEN* realizada en el año 1996, el trabajo infantil es definido como “cualquier actividad regular u ocasional que realicen niños entre 6 y 14 años y que les reporte un ingreso o beneficio económico personal o para su familia, el que puede ser en dinero o en especie” (MIDEPLAN, 1996). Dicha situación afectaba a 47 mil niños de ambos sexos que trabajaban ese año en Chile, de los cuales el 34% lo hacía regularmente y un 68%, ocasionalmente. Los hogares de los que provienen estos niños están asociados mayoritariamente a situaciones de pobreza e indigencia. Sin embargo, la información que ofrece la *CASEN* debe ser tomada con cautela, ya que la definición de trabajo infantil deja fuera una gran diversidad de tareas realizadas por niños. Un estudio ha indicado que para el período 1976-1981 no fueron considerados por la Encuesta Nacional de Caracterización Socioeconómica como “fuerza de trabajo” los menores de entre 12 y 14 años que realizaban “quehaceres domésticos” (Rojas, 1998: 146). Esta situación señala con claridad la existencia de la tendencia a subnotificar las actividades laborales de los niños, lo que significa, por ejemplo, que los menores que estudian y trabajan a la vez generalmente son medidos sólo como estudiantes. Esto implica dejar de considerar como niños trabajadores a 4 de cada 5 niños, aquellos que no estaban estudiando y realizaban labores domésticas u otras actividades.

Aunque la información generada por la *CASEN* resulta importante para establecer de un modo general la magnitud del fenómeno, indica igualmente la dificultad de establecer una definición lo suficientemente amplia como para incluir las diferentes manifestaciones que adopta el trabajo infantil. Una definición que sólo dé cuenta de la participación de los niños en los sectores formales de la economía o que se centre en la forma que adopta la retribución de este trabajo resulta insatisfactoria, por la dificultad de medir la contribución de los menores. Ello se debe a que, en numerosos casos, dicha contribución es indirecta, y a que en muchas ocasiones su actividad no es considerada como trabajo. Por el contrario, una definición que abarque la complejidad y profundidad del fenómeno debe comprender la naturaleza y el contexto en el cual este trabajo se realiza.

Esto permite situar el trabajo infantil en un segmento social bastante amplio y, por lo tanto, de difícil descripción. A pesar de que la pobreza presenta orígenes más profundos que los de su articulación con la forma predominante del mercado de trabajo, no debe dejar de tenerse en cuenta que numerosos mecanismos del mercado laboral guardan estrecha relación con ella, ofreciendo así pistas para describir su intensidad y la de los factores que conducen a su concentración en torno de ciertos segmentos sociales.

Desde sus inicios, la antropología económica se ha mostrado particularmente dispuesta a estudiar aquellos sistemas económicos no estrictamente capitalistas y, más recientemente, los que se realizan en la periferia o al margen del sistema capitalista. Radcliffe-Brown (1965) argumentaba que la actividad económica de cualquier sociedad debía ser estudiada en relación con la estructura social mayor de la que formaba parte. Más tarde, Firth (1958) señalaría que las relaciones económicas sólo pueden explicarse como parte del sistema social en el que participan, donde confluyen diferentes tipos de relaciones sociales que pertenecen a distintos subsistemas interrelacionados. En este sentido, resulta posible abordar las formas que asumen los procesos de adecuación de los diferentes segmentos sociales a las cambiantes situaciones socioeconómicas en las que les toca desenvolverse.

En la literatura sociológica, el concepto que mejor permite acercarse a este fenómeno de las formas marginales de reproducción económica es el de *estrategias de sobrevivencia*, acuñado por Duque y Pastrana (1973) para dar cuenta de las formas en las que las familias de los sectores populares lograban sobrevivir en períodos de pobreza. Dicho concepto abarcaba las diferentes asignaciones que las unidades familiares hacían de sus integrantes para lograr la satisfacción de sus necesidades. Posteriormente, fue ampliado para estudiar también la forma en que el sector capitalista se relacionaba orgánicamente en su proceso de reproducción con los sectores populares (Sáenz y Di Paula, 1981; Arguello, 1981).

Sin embargo, resulta demasiado simple un enfoque que estudia las estrategias de sobrevivencia desde una perspectiva que contempla la adecuación de las formas de organización familiar a la satisfacción de necesidades en períodos económicos críticos. Los estudios referidos a estrategias de sobrevivencia tienden a considerarlas como coyunturales en función de situaciones de emergencia. Así, el trabajo infantil y otras manifestaciones de tales estrategias habrían de desaparecer tan pronto se superara la coyuntura. Sin embargo, en los países en vías de desarrollo las situaciones de precariedad económica parecen constituir la norma más que la excepción, por lo que situaciones de desempleo abierto, subempleo y otras actividades laborales informales caracterizarían las denominadas estrategias de sobrevivencia, constituyéndolas así en parte del acervo cultural de la pobreza en América Latina.

Para acercarnos al estudio del trabajo infantil, no sólo resulta necesario centrarse en la descripción de la unidad familiar a la que pertenece el niño trabajador; también es preciso describir el sistema económico en el cual se realiza el trabajo infantil. Estas dos perspectivas complementarias, una horizontal –reproducción de la fuerza de trabajo– y la otra vertical –desarrollo de los sectores productivos capitalistas y la economía informal–, nos permitirán esclarecer las formas que el trabajo infantil adopta como parte de una estrategia más amplia de sobrevivencia y reproducción social. La explicación consiste en que el sistema productivo restringido de la unidad familiar no resulta desligable del sistema familiar, “las decisiones productivas de la familia son influidas por las necesidades de consumo de la misma y al mismo tiempo estas decisiones dependen del desarrollo económico general” (Bueno, 1990: 18). En un sentido diferente, Lomnitz (1974) establece el contexto extra-familiar en el cual deben entenderse las estrategias familiares, puesto que, si bien estas aparecen, en ocasiones, condicionadas por las características de las familias, encuentran en gran parte explicación por el contexto económico y político más amplio en el que emergen y se realizan.

La razón para ello es que las estrategias de sobrevivencia están determinadas, de manera general, por dos condiciones.

- Las características propias de la unidad familiar en términos de tamaño y composición familiar; entendidos como el número de miembros por sexo y edad, calificación y/o experiencia laboral, educación, etcétera.
- Características generales del proceso económico regional local, expresado en las formas específicas de desarrollo capitalista de los diferentes sectores productivos y de las actividades de la llamada economía informal, así como de las relaciones establecidas entre ellos. Estas determinan fundamentalmente las tendencias del mercado de trabajo en términos de volumen y tipo de mano de obra requerida.

Como parte de la estrategia de sobrevivencia, la unidad familiar complementa los ingresos obtenidos por sus miembros, que provienen tanto del sector formal como informal de la economía. El ingreso familiar se constituye por medio de la participación de los diferentes miembros de la familia en distintos mercados de trabajo, en los que estos participan diferencialmente. Debido a la imposibilidad de satisfacer las necesidades familiares sólo a partir del ingreso del jefe del hogar, la unidad familiar participa en diferentes mercados de trabajo según las características de sus miembros y los requerimientos de tales mercados. Por lo general, los empleos en el sector formal aportan ingresos bastantes bajos; por otro lado, los ingresos autogenerados provenientes del sector informal son igualmente bajos y, con mayor frecuencia, esporádicos (Hidalgo, 1996).

Para entender cómo las familias se organizan internamente, resulta crucial comprender la forma en que establecen la asignación de trabajo entre sus integrantes. En la organización laboral familiar se visualiza una división del trabajo basada no sólo en criterios de sexo y edad, sino también en habilidades y destrezas socialmente reconocidas que repercuten en el rol productivo asignado a cada miembro.

En este sistema de organización familiar laboral los niños tienen tareas determinadas y participan activamente en actividades productivas en ámbitos intra y extra-familiares. De esta forma, el rol que los menores ocupan en esta estrategia está dado por las características familiares. Si bien es cierto que generalmente el ingreso monetario está encargado a los miembros adultos, no es raro encontrar familias en donde esta tarea recae casi enteramente sobre los niños, quienes desarrollan diferentes actividades laborales, desde la mendicidad abierta hasta trabajos permanentes.

Para cierto tipo de unidades familiares formadas por niños y adultos mayores, y/o mujeres gestantes y/o con gran número de hijos pequeños, el ingreso generado por los menores constituye con frecuencia el más constante. En estos casos, puede ocurrir que los adultos generen ingresos que sean más importantes en monto que el generado por los niños; sin embargo, el ingreso de los adultos resulta con frecuencia también más fluctuante y esporádico.

Generalmente, esta es la forma más evidente y observable de trabajo infantil en países de economía precaria. Las estrategias de sobrevivencia empleadas por las familias de escasos recursos suelen girar en torno a la estructura familiar, que tiende a organizarse de tal manera que su objetivo radica en generar el máximo de ingresos monetarios posibles provenientes de los miembros adultos de la unidad familiar. Para conseguirlo, por períodos variables se producen reorganizaciones de los roles productivos al interior de la unidad.

Los jefes de hogar, por razones económicas y culturales, rara vez están desempleados por largo tiempo; las tasas de desempleo abierto de los jefes de hogar son muy inferiores a las tasas de desempleo de los demás miembros de la unidad familiar (Arriagada, 1998: 78).

El trabajo infantil constituye una de las estrategias familiares que permite a los miembros adultos encontrar trabajo. Para el caso de familias de escasos recursos, una vez que uno de los padres o algún adulto queda desempleado, se produce la incorporación de los niños a actividades productivas, que asumen las más variadas formas: mendicidad, venta callejera de dulces y calendarios, porteo en supermercados y ferias libres y otras similares. En el caso de las unidades familiares que no forman parte de la llamada *pobreza dura*, sino que son afectadas por desempleos estacionales, estos adultos pueden re-engancharse con relativa facilidad en el empleo; no ocurre lo mismo, sin embargo, con aquellos adultos que,

por su total falta de habilidades, experimentan períodos más extensos de desempleo. Para estas familias, el trabajo infantil resulta más importante en términos de volumen y persistencia.

Existen, no obstante, otras formas igualmente relevantes en las que el trabajo de los niños resulta también fundamental en la reproducción familiar. En estos casos, el trabajo se realiza al interior de los espacios domésticos y de empresas familiares, y cumple la función de sustituir el de los adultos. De esta forma, el trabajo de los niños permite liberar mano de obra adulta para que pueda incorporarse a la generación de ingresos monetarios directos o a la realización de actividades laborales al interior de la empresa familiar. Particularmente importante en los espacios domésticos resulta el trabajo que realizan las niñas, quienes complementan o sustituyen la actividad de las labores domésticas de la madre, en especial el cuidado de los niños y de la casa, la preparación de alimentos, lavado de ropa, etc. En las empresas familiares, frecuentemente el trabajo de los niños y niñas consiste en la atención de almacenes y pequeñas tiendas de abarrotes, almacenaje de productos y actuación como ayudantes de obra o de pequeños talleres de vestuario y servicios. Un diagnóstico realizado en 1996, en la Población San Pedro, en la ciudad de Valdivia (Chile), mostró que un 11,5% de los niños de entre 5 y 15 años no eran estudiantes (CPS, 1996). En su mayoría, estos niños desarrollaban actividades laborales como parte de su vida diaria.

Además, existen otros tipos de trabajo infantil que presentan particularidades especiales. Son los referentes al trabajo que realizan los niños en empresas formales en las que cumplen con una serie de exigencias de tipo laboral, pero donde, sin embargo, no están reconocidos por ningún tipo de acuerdo o contrato. La CASEN (1996) mostró que el 52% de los menores que trabajaban no tenían contrato de trabajo. Un ejemplo de ello es la actividad que realizan los niños como embolsadores de supermercado; en estos casos, desempeñan un trabajo que no sólo resulta altamente rentable para ellos, sino también para las empresas que los utilizan. Los niños obtienen ingresos que fluctúan entre los 2 mil y 3 mil pesos diarios, que no dependen sólo de la jornada de trabajo –que con frecuencia supera las 5 horas diarias– sino de la asignación que se hace de ellos en las diferentes cajas, algunas de las cuales son consideradas mejores que otras. La asignación de los niños embolsadores a estas cajas depende del comportamiento, celo en el trabajo, trato con los clientes y disposición a realizar tareas anexas, como reposición de mercaderías, ordenamiento y traslado de carros, carga y descarga de camiones, etcétera.

Para incorporarse a los supermercados, los niños pasan por un riguroso proceso de selección en el que se discrimina abiertamente a los postulantes en virtud de su apariencia física y condición económica. Se procura incorporar a niños no mayores de 12 años, de buena apariencia –expresada generalmente por la ausencia de rasgos indígenas–, sin defec-

tos físicos y con buenos hábitos de conducta –usualmente esta se mide por las calificaciones escolares–; se discrimina abiertamente a las niñas y a aquellos que, por su condición socioeconómica, son definidos como provenientes de familias indigentes, pues se los estima como no poseedores de ciertos hábitos sociales necesarios para el contacto con el público. Estas consideraciones pueden ser dejadas de lado de acuerdo con la mayor o menor sensibilidad del público y las autoridades respecto del tema. A fines de 1999, se iniciaron en diarios y televisión una serie de reportajes respecto del trabajo de niños en los supermercados. Casi inmediatamente, se produjo un recambio de estos niños trabajadores: desaparecieron los menores de 11 años, que fueron reemplazados por niños de entre 12 y 15 años, y sorprendentemente aparecieron también niñas embolsadoras. Sin embargo, tan pronto como decreció el interés periodístico respecto del tema, paulatinamente las niñas y los jóvenes fueron reemplazados por varones menores de 11 años nuevamente.

La explicación a esta situación gira en torno de dos consideraciones. La primera discrimina a las niñas y está relacionada con la dificultad que presenta incorporar niñas a ciertos contextos laborales, donde pueden estar expuestas a hostigamiento y acoso por parte de hombres mayores. La segunda se relaciona con el tipo de actividad que realizan preferentemente los niños: la labor de embolsar productos es considerada dentro de los supermercados como rutinaria, agotadora y de remuneración incierta, ya que depende de la retribución voluntaria de los compradores. Este trabajo se encuentra en el piso de las ocupaciones y resulta, por tanto, poco atractivo para los trabajadores más calificados o aquellos que pueden realizar tareas mejor remuneradas. Por estos motivos, no es extraño que dichas labores sean llevadas a cabo por quienes se encuentran en la base de la estructura laboral: los niños menores de 11 años y, eventualmente, las mujeres jóvenes. Este caso demuestra que el trabajo infantil presenta características precisas, que obligan a un abordaje no sólo desde la perspectiva de la unidad familiar, sino también desde la de las unidades económicas de las que forma parte, y a las que se incorpora de manera más o menos permanente, cumpliendo un rol fundamental en el proceso de su reproducción.

El acercamiento al trabajo infantil ha sido tradicionalmente expuesto desde la perspectiva de los investigadores, y muy poco desde la de los actores involucrados. Entre estos, no sólo cabe identificar a los niños y sus familias, sino también a los empleadores, quienes actúan como beneficiarios del trabajo infantil. De allí, entonces, que para la cabal comprensión del fenómeno es preciso comenzar por el reconocimiento de nuestra percepción respecto del trabajo infantil y posibilitar el reconocimiento de la percepción de los niños respecto de su situación y actividad. Para ello deberemos hacernos preguntas tales como: ¿qué es el trabajo? ¿Cuál es el significado que tiene para la sociedad y para

el niño que trabaja? Al mismo tiempo, es necesario que identifiquemos sus características generales y establezcamos las particularidades que le otorga el contexto en el cual el trabajo se realiza.

En la concepción judeocristiana, predominante en la conformación del ethos cultural de la sociedad nacional, el trabajo reviste un doble carácter: es un deber y al mismo tiempo un derecho. Este doble significado permite al individuo alcanzar sus logros individuales –que no son otros que los que identifica su propia cultura– y obtener un sentimiento de dignidad como miembro de una colectividad social. Así entendido, el trabajo aparece como un mecanismo social que permite responder a tres necesidades fundamentales del hombre: reproducción, creación y colaboración. El trabajo no es, entonces, la suma de acciones individuales y autónomas; el trabajo es social, es reconocido y reconocible; el trabajo tiene significado, y este es otorgado no sólo por el trabajador sino fundamentalmente por el contexto en cual este se desenvuelve. El significado que se le atribuye a la actividad laboral depende, pues, del grupo del cual forma parte el trabajador. El significado del trabajo es cultural; los grupos sociales perciben diferentes categorías de trabajo, trabajador, espacios laborales y tipo de trabajo, y al mismo tiempo son capaces de establecer y reconocer los cambios que experimentan estos distintos tipos de categoría en el tiempo.

Un estudio realizado en 1998 por el Departamento de Psicología de la Universidad de la Frontera mostró que, en niños con edades comprendidas entre 6 y 11 años, las representaciones sociales están basadas preferentemente en el reconocimiento de rasgos externos, entre los cuales la percepción del trabajo resulta fundamental para su posicionamiento como personas adultas (Denegri et al., 1998). Por otro lado, existe una validación social respecto del trabajo infantil por parte de los padres, los empleadores y los propios niños en el caso de los niños trabajadores en el ámbito doméstico y familiar empresarial. Esta validación es significada bajo la noción de aprendizaje de comportamientos de integración familiar. Muchos de los niños que trabajan en talleres lo hacen en condiciones que semejan las del aprendiz; sin embargo, su situación no es estable ni implica certeza de aprendizaje de oficio. Respecto de los niños que trabajan en empresas formales, estas validan dicha relación laboral a partir de la situación de precariedad económica de los padres y a través del *aprendizaje de la cultura laboral*. En efecto, una de las quejas más frecuentes de los empresarios respecto de la mano de obra adulta recién incorporada al mundo laboral es su absoluta carencia de actitudes y hábitos laborales, expresada en la falta de organización para desarrollar trabajos, práctica acentuada del ausentismo laboral, irresponsabilidad en el uso de herramientas a su cargo, etc. La práctica del trabajo en los niños –se argumenta– es una manera de educar en el trabajo. La investigación de Denegri et al. (1998) constató que el trabajo era percibido y

entendido como un medio de superación de las actuales condiciones de pobreza y precariedad material. Se establecía así una asociación directa entre el trabajo y la salida de la condición de pobreza.

A manera de conclusión, puede señalarse que la participación de los niños en actividades laborales dentro y fuera de la familia es percibida como una actividad, si no normal, al menos deseable por quien forma parte de una unidad socioeconómica en situación de pobreza. Por este medio, se busca asegurar la generación de los ingresos monetarios requeridos para satisfacer las necesidades diarias; sin embargo, el trabajo que realizan los niños tiene una importancia diferencial respecto de las condiciones que caracterizan a la unidad familiar que integran; así, para los hogares de jefatura femenina o aquellos en los que exista un adulto mayor con dificultad para involucrarse en actividades productivas que generen ingresos monetarios, el trabajo infantil constituye a veces el que genera el ingreso más constante del hogar. Los empleadores de trabajadores infantiles justifican esta situación como un medio de educación para el trabajo, debido a una serie de características laborales que son brindadas a los menores a través de tales actividades.

Para comprender el fenómeno del trabajo infantil, debe estudiárselo en el contexto de una estrategia de sobrevivencia que caracteriza a las familias pobres del país, estrategias que son respuestas culturales frente a una situación de pobreza estructural y no corresponden a respuestas de adecuación de estas familias frente a situaciones coyunturales.

BIBLIOGRAFÍA

- Anker, P. y Melkas, M. 1996 *Economic incentives for children and families to eliminate or reduce child labour* (Ginebra: OIT).
- Arguello, Omar 1981 "Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido" en *Demografía y Economía* (México DF) Vol. XV, N° 2, marzo.
- Arriagada, Irma 1998 "Familias latinoamericanas: convergencias y divergencias de modelos y políticas" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 65.
- Breves, M. et al. 1994 "El menor trabajador del campo en Turrialba" en *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica* (San José) N° 63.
- Bueno, Carmen 1990 "Una lectura antropológica sobre el sector informal" en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* (México DF) Vol. XI, N° 37.
- CPS-Corporación de Promoción de Social de Valdivia 1996 "Propuesta de Trabajo para la Población San Pedro", Valdivia, Chile.

- Denegri, M. et al. 1998 "La construcción de representaciones sociales acerca de la pobreza y la desigualdad en la infancia y la adolescencia" en *Psyke*, Vol. 7, N° 2.
- Duque, J. y Pastrana, E. 1973 *Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector urbano: una investigación exploratoria* (Santiago de Chile: Programa ELAS/CELADA).
- Firth, R. 1958 "Capital, savings and credits in peasant societies: a viewpoint from economic anthropology" en *Capital, savings and credits in peasant societies* (Chicago: Aldine).
- Hidalgo, L. 1996 "El empleo en la pequeña producción en el gran Santiago" en Urmeneta, Roberto (ed.) *Economía y trabajo en Chile 1994-1995* (Santiago de Chile: PET).
- Lomnitz, Larissa 1974 *Cómo sobreviven los marginados* (México DF: Siglo XXI).
- MIDEPLAN-Ministerio de Planificación Nacional de Chile 1996 *Encuesta Nacional de Caracterización Socioeconómica-CASEN* (Santiago de Chile).
- Millán, Cecilia 1999 "Descripción analítica de un grupo de niños y niñas trabajadores y la distancia como factor de riesgo en comunas de Santiago". Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, Valdivia, mimeo.
- Radcliffe-Brown, E. 1965 "Social structure" en *Structure and function in primitive society: essays and addresses* (Nueva York: The Free Press).
- Rocha, M. 1985 "El trabajador infantil y la escolaridad" en Amtmann, C. y Moraga, J. (comps.) *Educación y desarrollo rural* (Valdivia: Universidad Austral de Chile).
- Rojas, Jorge 1998 "El trabajo infantil en Chile" en *Economía y trabajo en Chile. Informe anual* (Santiago de Chile) N° 7.
- Rojas, Jorge 1999 "Trabajo infantil en la minería: apuntes históricos" en *Revista de Historia* (Santiago de Chile: Instituto de Historia-Pontificia Universidad Católica de Chile) Vol. 32.
- Sáenz, P. y Di Paula, J. 1981 "Precisiones teórico-metodológicas sobre la noción de estrategias de existencia" en *Demografía y Economía* (México DF) Vol. XV, N° 2.
- Schildkrout, E. 1980 "Nuevas reflexiones acerca del trabajo de los niños" en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (París) Vol. XXXII, N° 3.